

berlas coronado de flores, y empalaban á los niños, ó los estrellaban contra los árboles y las rocas. El Papa informado de estos horrores, conmutó los votos de los cruzados pobres ó enfermos de las regiones vecinas, para que marchasen contra estos enemigos furiosos del nombre cristiano.

88. Sean cuales fuesen estos medios de conversion, el Señor hizo por ellos resplandecer su gloria (1). Un fervoroso misionero llamado Balduino de Laune, cogió tanto fruto en Livonia, que el Papa le hizo obispo de Semigalia, parte de esta provincia, cuya capital es Mitau. También le confirió los poderes de legado, no solo en Semigalia y en toda la Livonia, sino en Gothlandia, Finlandia, Estonia, Curlandia, y en general en las tierras adyacentes habitadas por paganos ó neófitos, y en las islas vecinas. Ofreciéronse á recibir la fe cristiana, entre los pueblos que se convirtieron entonces, los curlandeses, con el Rey Lammechin, prometiendo obedecer á las órdenes del Sumo Pontífice, y dieron rehenes en seguridad de su palabra. Impusieronseles algunas condiciones poco convenientes con las reglas antiguas, aunque justificadas al parecer por las circunstancias actuales. Obligáronlos á defender á los sacerdotes como á sus propias personas, y á marchar á las expediciones que se hiciesen contra los infieles, tanto por la propagacion como por la conservacion de la fe. No se les sujetó por lo demás á otro algun señor temporal mas que á su propio Soberano, y se les prometió el goce

(1) *Rain. ann. 1231. Alber. ann. 1232.*

de esta libertad entanto que permaneciesen fieles á su Religión.

Mostró tanto afecto al cristianismo la nacion de los cumanes ó cumanos, en la estremidad oriental de Europa hácia la embocadura del Danubio, que el arzobispo de Strigonia creyó deber preferir el cuidado de su conversion al viage de la tierra santa (1). Ya se hallaba en camino para Palestina, cuando un Príncipe de aquella nacion, queriendo hacerse cristiano con todos sus vasallos, le envió su hijo único para pedirle que viniese á bien en comunicar á él y á su pueblo el conocimiento del verdadero Dios. No solamente concedió el Papa las dispensas necesarias al arzobispo, sino que le hizo su legado para predicar en nombre suyo, erigir iglesias, crear obispos, formar un clero, y hacer en general cuanto concierne á la propagacion de la fe. Sirvieron los frailes predicadores para recoger los frutos abundantes de esta santa mision.

Hicieron los misioneros del mismo orden conversiones mucho mas prodigiosas entre los sarracenos de Nocera en el reino de Nápoles, que hasta entonces habian mostrado tanto odio contra el cristianismo. Era esta plaza como el baluarte del paganismo en aquellas provincias, y la odiosa guarida donde se forjaba mucho tiempo habia la ruina de las iglesias de Italia; de modo que no la daban otro nombre que el de Nocera de los paganos. Empezó en el tiempo

(1) *Du Cange. Sur. Ville. Hard. p. 336.*



de que hablamos, á lo menos á dividir su culto entre el cristianismo y las supersticiones musulmanas. La proteccion con que el Emperador Federico favoreció esta empresa apostólica, contribuyó mucho á su feliz resultado.

89. No dejó este Príncipe de seguir vivamente su querrela con el Sumo Pontífice. Para cubrir los gastos que le ocasionaba, Gregorio IX intentó sacar dinero de todas partes. La repulsa que experimentó de San Luis no le estorbó dirigirse á los ingleses, los cuales desde el Rey Juan se habian hecho en alguna manera tributarios de la santa Sede. Reunió el cardenal Otton, legado en Inglaterra, á los obispos y á los principales abades en Redingues, con algunos señores, y les pidió en nombre del Pontífice la quincuagésima parte de sus rentas. Así que oyeron que se les imponía una carga tan irregular, se mostraron los prelados muy descontentos; pero el arzobispo de Cantorberi de dos males eligió el menor: consintió en este duro impuesto con la esperanza de recobrar por esta condescendencia la libertad de las elecciones, casi destruida por los Reyes. No habia medios de que estos no se valiesen para impedir la provision de las iglesias vacantes, cuyas rentas se apropiaban hasta la posesion del nuevo titular.

No podia menos de afligir este abuso que producía otros mil desórdenes á un prelado como Edmundo, que estaba entonces á la cabeza del reino de Inglaterra. Nacido en Abington, de una familia comerciante, recibió de su madre Mábila una educacion

muy preferible á la del mundo (1). Enseñóle ella desde su infancia á ayunar los viernes á pan y agua. Cuando fue un poco mayor le envió á estudiar á la escuela de París, tan apropósito para que desplegara los talentos raros que principiaba á mostrar: dióle dos cilicios para que usase de ellos tres veces á la semana, y le encargó que en todos los domingos y fiestas rezase antes de comer todo el salterio. Hizo voto de castidad por consejo de un santo eclesiástico, y le observó perfectamente; progresó rápidamente en las ciencias, y se adelantó con paso igual en la virtud. Habiendo sido electo maestro en artes, y enseñando, siendo aun muy jóven, las artes liberales, oía misa todos los dias con sus discípulos, y contra la costumbre de otros profesores rezaba el oficio canónico. Cuando quiso pasar al estudio de la teología, añadió á las otras devociones la de asistir todas las noches á maitines en la iglesia de San Mederico, cerca de la cual vivia. Ordenado de sacerdote, aumentó sus austeridades, como tambien sus oraciones: no comia mas que una vez al dia, y además del oficio comun rezaba el de la Virgen y el de difuntos. Nunca quiso mas que un beneficio, á pesar de las vivas instancias que le hicieron frecuentemente para que aceptase otros muchos. Cuando los diputados de Cantorberi fueron á anunciarle su eleccion para aquella silla, la renunció con entereza. Necesario fue mandarle en nombre de aquella iglesia que no resistiera á la Providencia; mas no se rindió hasta que le de-

(1). *Sur.* 16. *Nov.* = *Matt. Par.* pag. 325. &c.



clararon que estaba obligado con riesgo de la salvacion de su alma.

En efecto, esta dignidad, tan formidable á su modestia, no le causó mas que pesares. Su condescendencia respecto de la contribucion pedida por el Papa, no correspondió en manera alguna á las miras que se habia propuesto, ni sufrió menos en sus libertades la iglesia de Inglaterra sacrificando sus bienes temporales. En poco tiempo sus males llegaron á tal punto, que el santo prelado abatido de dolor, y mirando ya la existencia como un peso insoportable, se condenó á un destierro voluntario. Pasó el mar, siguió las huellas acostumbradas de los primados de la Gran Bretaña, y á egemplo de Santo Tomás su predecesor, se retiró á la abadía de Pontigni. Edificó en ella igualmente á los religiosos por su no interrumpida aplicacion á la oracion, á la lectura, al ayuno y á todos los ejercicios de los solitarios mas perfectos. No interrumpió estos ejercicios humildes sino para ir á anunciar el Evangelio en los lugares inmediatos. No obstante, hizo poca mansion en un retiro tan amado de su piadosa modestia. Consumido de abstinencias y aflicciones, cayó enfermo de gravedad, y los médicos le hicieron transportar á Soissi, monasterio de canónigos regulares cerca de Provins, cuyo clima fue juzgado á propósito para su restablecimiento (1). Prometióles volver á la fiesta de su patron San Edmundo, Rey de Inglaterra y mártir.

(1) *Matt. Par. pag. 486.*

tir, que se celebra en 20 de Noviembre, para consolar á los monges de Pontigni á quienes causaba el mayor dolor la ausencia de tan santo prelado; mas el sentido de su prediccion era muy diverso del que aquellos piadosos huéspedes se figuraban. Murió en Soissi el 16 de Noviembre, y dejando allí su corazon, el cuerpo fue llevado á Pontigni, adonde llegó precisamente el dia de San Edmundo. Obró el cielo muchos milagros en los dos lugares donde reposan sus reliquias; y su memoria ha permanecido en gran veneracion en todo el pais que le honra con el nombre de San Emo.

Con igual viveza se sostenia la guerra entre el Papa y el Emperador. Ocupaba Federico la campaña y el mar con muchas fuerzas. Sitiaba poco á poco las plazas cercanas á Roma, y de esta manera allanaba el camino á esta capital. El Papa habia convocado un concilio de todos los paises cristianos; y una multitud de obispos franceses, ingleses y españoles se hicieron á la vela para llegar á Roma con mas prontitud. La flota del Emperador batió la genovesa que los escoltaba: la mayor parte de estos prelados fueron cogidos, enviados al Emperador, tratados como cautivos y casi como esclavos. Adelantábase entretanto en persona hácia Roma, adonde era llamado por el cardenal Juan Colona, prelado guerrero y poco escrupuloso, que abandonó el partido del Papa, y con tropas imperiales tomó algunas plazas de los romanos. Rindióse Tivoli al mismo Emperador, quien acercándose mas y mas ocupó varios castillos, desde donde los



alemanes hacian correrías hasta debajo de los muros de Roma.

90. En estas críticas circunstancias murió el Papa Gregorio IX, de cerca de cien años, el 21 de Agosto de 1241. Sea cual fuese el fin que Federico se habia propuesto, hizo mejor uso de sus ventajas que el que se esperaba. Dejó proceder á la eleccion de un nuevo Papa, y puso para este efecto libres á los cardenales sus prisioneros. Eligieron á últimos de Octubre á Godofredo, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Celestino IV, y murió despues de seis dias antes de llegar á consagrarse, de cuyas resultas la santa Sede, hecha el blanco de todos los reveses, estuvo vacante cerca de veinte meses, esto es, hasta fines de Junio de 1243.

Cansados entonces los cardenales de ver asolar las cercanías de Roma, en particular sus propias posesiones y las de la iglesia romana, acordaron elegir al cardenal Sinibaldo de Fiesco, natural de Génova, de la ilustre casa de los condes de Lavaña. Fue elegido en Anagnia, con el nombre de Inocencio IV, y consagrado en el mismo lugar el dia de San Pedro y San Pablo 29 de Junio. Este era entre todos los cardenales al que mas amaba el Emperador. Sin embargo, mostró bastante inquietud al recibir la noticia de su eleccion. Sorprendiendo esto á todos, dijo el Emperador: „el Papa y el cardenal son dos personajes muy distintos, y temo mucho que en vez de un amigo cardenal, tendremos un Papa enemigo.” No tardó la serie de los acontecimientos en jus-

tificar tal juicio. Federico aprobó desde luego las condiciones que puso Inocencio á su reconciliacion con la Iglesia: prometió restituir todas las posesiones que tenia la santa Sede antes del rompimiento, hacer otro tanto respecto de los aliados de Gregorio IX, y declarar por escrito en todas partes que nunca habia despreciado las sentencias pronunciadas por este Pontífice. Confesó que el Papa, aun cuando fuera pecador, tenia la plenitud de potestad en cuanto á lo espiritual sobre todos los fieles así clérigos como legos, y aun sobre los Reyes. Prometió reparar todos los agravios que habia hecho, y espiar sus faltas con limosnas, ayunos y otras buenas obras. Respecto á sus propios agravios, debia deferir al juicio del nuevo Papa y de los cardenales. Estas eran las condiciones bajo las cuales se le prometia la absolucion. Mas lo que no llama menos la atencion, tanto en Federico II como en Federico I, despues de la deposicion ordenada contra él tan públicamente, es que no se haya hecho mencion alguna de rehabilitarlos para la dignidad imperial y volver sus vasallos á su obediencia. Así es que los romanos descubren por su misma inconsecuencia la debilidad de sus pretensiones acerca del poder político.

El Emperador, despues de estos empeños solemnes que parece olvidó en el mismo momento de haberlos contraído, solo puso sus miras en sorprender á Inocencio (1). Habiendo salido de Roma este Pontífice para ir á concluir el tratado con aquel So-

(1) *Matth. Par. pag. 556. et 560.*



berano, se vió de repente en tan gran riesgo, que le obligó á fugarse de Sutri á la hora del primer sueño; y montado en un caballo veloz caminó once leguas antes que se acordaran de perseguirle. Luego se retiró á Civitavechia, donde se reunieron siete cardenales, y con ellos partió por mar á Génova su patria, la cual habia enviado á este efecto veintitres galeras al mando de su almirante y de sus ciudadanos mas distinguidos, parientes ó aliados del Papa. Temiendo todavía ya los artificios del Emperador, ya la proximidad de sus egércitos, se determinó á buscar un asilo mas seguro en aquella nacion que habia estendido siempre los brazos á los Pontífices perseguidos, y pidió el beneplácito al Rey San Luis. Las consideraciones de estado, ó mas bien los señores de su reino impidieron á aquel piadoso Monarca el condescender á los deseos de Inocencio. La enfermedad de que se vió atacado el Rey en esta situacion, disuadió al Pontífice de hacer nuevas instancias.

91. Vióse en breves dias reducido el Rey á tal extremo, que le creyeron muerto, y le habrian sepultado á no resistirlo una de las damas que le guardaban. Todo París quedó consternado, y la nobleza de toda la Francia corrió á Pontoise donde estaba el enfermo, quien antes de contar treinta años hacia ya la felicidad de su reino, y era el apoyo de la Religion. Sacó el abad de San Dionisio los cuerpos de los santos mártires de su bóveda, y se hizo al punto una procesion en que todo el pueblo con

sus súplicas mezcladas de sollozos pedia á Dios la vida de su padre y de su Rey. Recobró el Príncipe el habla, y la primera palabra que articuló fue el nombre del obispo de París. Así que se presentó el prelado, le pidió que le pusiese en el hombro la cruz de peregrino para hacer el viage de ultramar. Las dos Reinas, Blanca su madre, y su esposa Margarita de Provenza, le suplicaron que aguardase al menos hasta haberse restablecido; mas él declaró que no tomaria ningun alimento en tanto que no se le diera la cruz, y el obispo, no osando negársela, se la puso derramando abundantes lágrimas. Dos años empleó el Rey en hacer los preparativos para su espedicion.

92. El Papa habia escogido mientras tanto para su retiro la ciudad de Leon, que entonces era plaza neutral, y solo dependia de su arzobispo. Llegó á ella á mediados de Diciembre del año 1244, y en el mes de Enero siguiente hizo la convocatoria para el próximo San Juan, del concilio general, tan célebre por la sentencia que él se fulminó nuevamente contra el Emperador Federico II.